

CHARLOT

SEMANARIO

FESTIVO

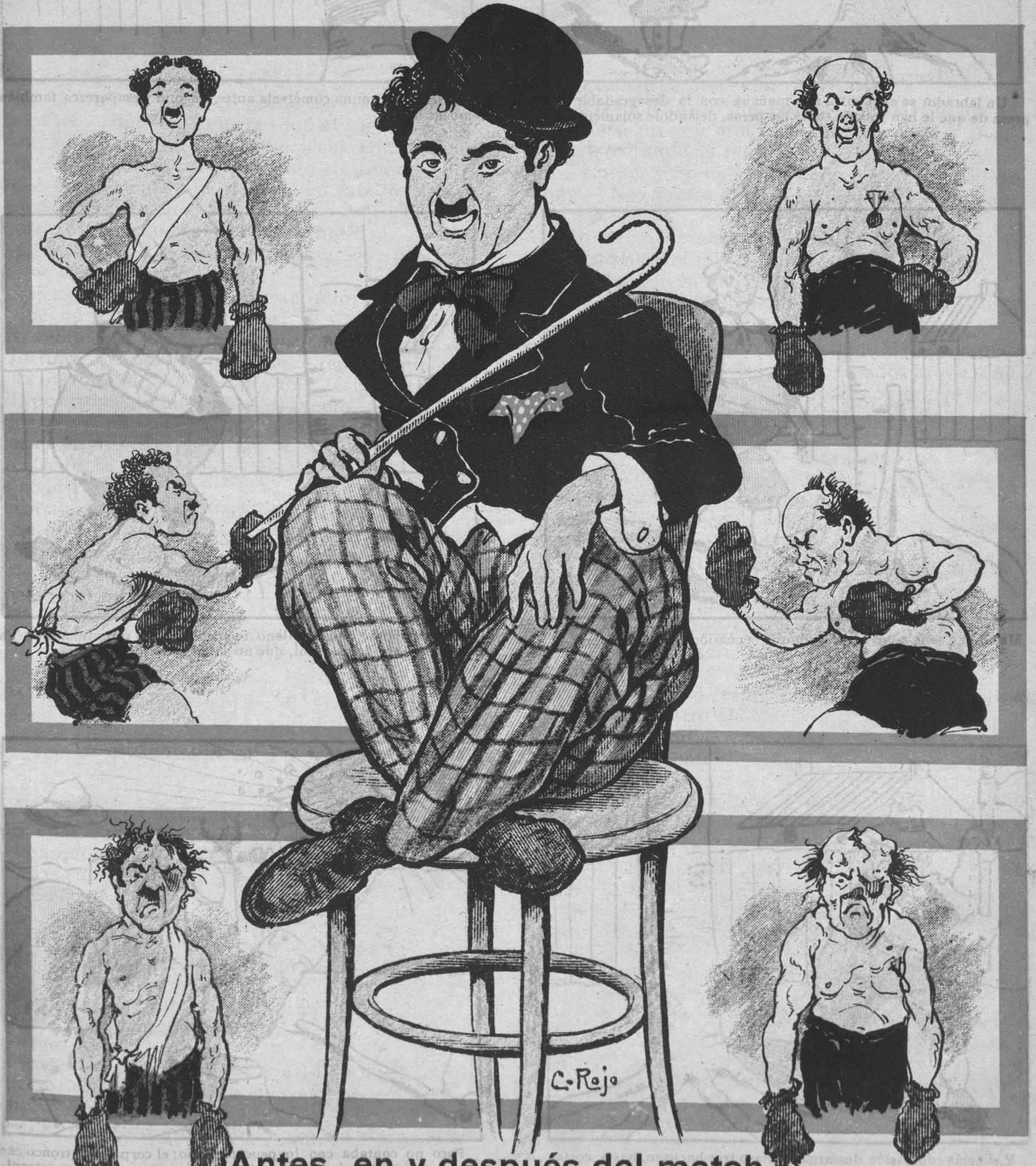
Año I. - Núm. 10

Barcelona 29 de Abril de 1916.

10 CÉNTIMOS

HUMORADA

CHARLOTESCA



Antes, en y después del match.

La codicia rompe el saco



Un labrador se encuentra una mañana con la desagradable sorpresa de que le han robado todas las peras, dejándole solamente una



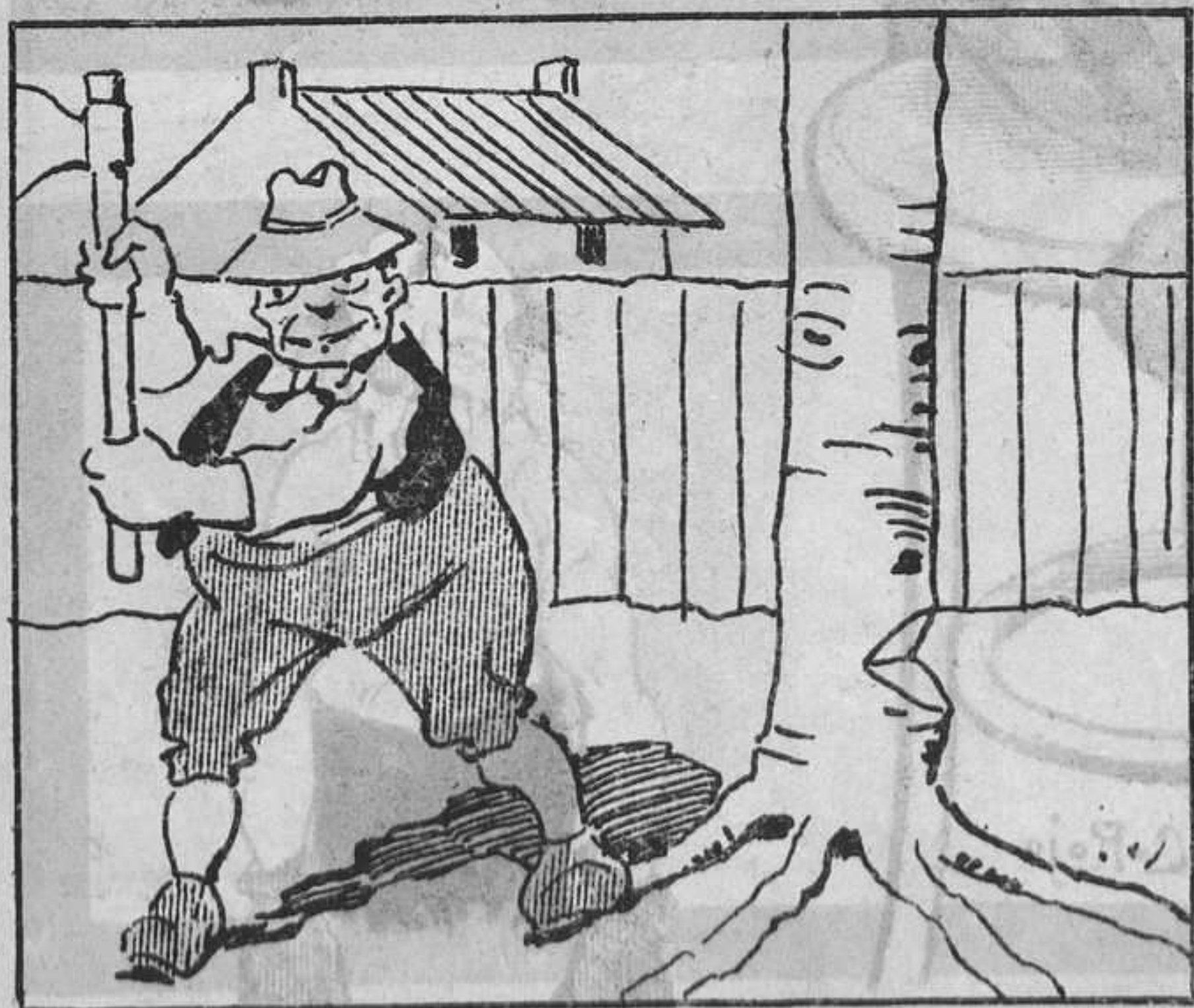
La cual determina comérsela antes de que desaparezca también como las otras.



Mas luego se le ocurre que quitando la ocasión se evita el pecado.



Y enarbolando el hacha lleno de encono, dice refunfuñando «Ya que no has servido para mí, que no sirvas para nadie».



Y sin más compasión descarga hachazo tras hachazo, hasta cortar al viejo peral.



Pero no contaba con lo peor del caso; el corpulento tronco cae sobre la techumbre de la casa, tomando de este modo una estrepitosa venganza.

LA VUELTA EN 80



AL MUNDO DIAS

—Puesto que hoy, miércoles, estamos a 2 de Octubre, deberé estar de vuelta en Londres y en este mismo salón del Reform-Club el sábado veinte y uno de Diciembre, a las ocho y cuarenta y cinco de la noche, sin lo cual las veinte mil libras depositadas actualmente a mi nombre en casa de Baring hermanos, os pertenecerán de hecho y de derecho, señores. He aquí un talón de esa cantidad.

Levantóse un acta de la apuesta, que firmaron los seis cointeresados.

Fileas Fogg, permaneció tranquilo; seguramente que no apostaba por ganar, y si comprometió esas veinte mil libras que constituían la mitad de su fortuna, fué porque previó que tendría que gastar la otra mitad para llevar a feliz término tan difícil, por no decir imposible, trayecto. Sus adversarios permanecieron conmovidos, no tanto por el valor de la apuesta, como por cierto escrúpulo que les causaba la consideración de una lucha en aquellas condiciones.

En aquel momento dieron las siete.

Se ofreció a Mr. Fogg, suspender la partida para que pudiese hacer sus preparativos de marcha.

—Yo estoy preparado siempre,—respondió el impenable gentleman.

Y dando las cartas, dijo:

—Os toca jugar, Mr. Stuart.

IV

LA DESILUCIÓN DE PICAPORTE

A las siete y veinticinco, después de haber ganado unas cuantas guineas, se despidió Fogg, de sus honorables colegas y salió del Reform-Club.

A las siete cincuenta abrió la puerta de su casa y penetraba en ella.

Picaporte, que había estudiado concienzudamente su programa, quedó sorprendido al ver a Mr. Fogg, en flagrante delito de inexactitud pues, según la nota de servicio, no debía volver a su casa hasta las doce en punto de la noche.

Subió a su cuarto y llamó:

—Picaporte.

Picaporte no se presentó: aquel llamamiento no podía dirigirse a él, puesto que aún no era media noche.

—Picaporte,—repitió Mr. Fogg sin elevar más la voz.

Picaporte se presentó.

—Os he llamado dos veces,—dijo Mr. Fogg.

—Pero no son aún las doce,—respondió Picaporte mostrando su reloj.

—Lo sé, y no os reconvengo por ello,—repuso Fogg.—Nos vamos dentro de diez minutos a Douvres y a Calais.

Un gesto de admiración se bosquejó sobre la cara redonda del francés: creyó haber oído mal.

—¿El señor va a viajar?—preguntó.

—Sí,—respondió Mr. Fogg.—Vamos a dar la vuelta al mundo.

Picaporte se quedó con los ojos desmesuradamente abiertos, las cejas y los párpados arqueados, los brazos colgando, el cuerpo encogido, presentando todos los síntomas de una admiración que tocaba los límites del estupor.

—¡La vuelta al mundo!—murmuró.

—En ochenta días,—añadió Mr. Fogg.—No nos queda un instante que perder.

—Pero las maletas...—dijo Picaporte moviendo la cabeza de izquierda a derecha.

—No se necesitan. Basta un saco de noche con dos camisas de lana y tres pares de calcetines; otro otro tanto para vos; lo demás se comprará en el camino. Bajad mi *mahintosch* y mi manta de viaje. Llevad buen calzado, aunque no hemos de andar mucho.

Picaporte quiso responder, pero no pudo.

Salió del cuarto de Mr. Fogg, subió al suyo, se sentó y usando una frase muy vulgar, dijo:

—¡Buena la hemos hechol! ¡Yo que quería vivir tranquilo!

Maquinalmente hizo sus preparativos de viaje.

¡La vuelta al mundo en ochenta días!

¿Estaba loco su amo?

No lo parecía. ¿Era cosa de broma?

Pase lo de ir a Douvres; a Calais, bien; después de todo no le desagradaba pisar el suelo de la patria después de una ausencia de cinco años.

Quizá llegarían a Paris, y esta suposición le llenaba de alegría, porque lo cierto es que tenía deseos de ver otra vez la gran ciudad.

Una vez allí se detendría seguramente el gentleman; porque ¿qué había de hacer más lejos quien tanto cuidaba de economizar sus pasos?

Sí, no había duda; pero entre tanto, lo positivo era que aquel gentleman, tan casero hasta entonces, emprendía un viaje.

(Continuará)

REPORTAJES SENSACIONALES

El ingenio de los niños

Era una tentación para los niños de los nuevos inquilinos del piso cuarto—que debían limitar sus juegos y diabladuras al poco espacio de la galería—aquel terrado del principal ancho y casi cuadrado, con las dos claraboyas que daban luz al almacén como dos enormes ojos de cristal. ¡Allí sí que había espacio para correr! No había allí ni palomares, ni gallinas, ni glorietas, ni rincones para los tiestos. Sólo cuatro grandes macetas con plantas tropicales en los ángulos y una de mayor en medio constituían el único obstáculo y el único adorno. Eran como unos diablillos prisioneros los de arriba. El mayor era un hombrecito de seis años; seguía luego la niña y con la cabecita rizada y dulce entre los barrotes de la baranda y cogido siempre del delantal de la nena, como si la actitud aquella le espantara, completaba el trio el pequeñín de la casa.

Eran hijos del amor en una época de más felicidad para sus padres...

Jamás habían visto sus juegos limitados al espacio de una galería que de soberbio jardín disfrutaban los pequeños al cuidado de los criados fieles.

Pero una noche, una noche inolvidable, la madre lloraba y el padre con expresión trágica se llevaba las manos a la cabeza sollozando que había perdido su fortuna y que le espantaba la miseria no para él sino para los pobres hijos.

Y hételes ahora en un piso cuarto, en una galería pequeña, y más pequeña todavía por las muchas flores que cuidaba la triste madre como un consuelo; y por esta razón era la obsesión de sus cabecitas aquel terrado del principal, grande como una plaza. Y también porque en él veían dos hermanitos—una niña delgadita y ágil, lindamente autoritaria y un muchachito pariente y bueno—que jugaban todo el día de una parte a otra, con aros y pelotas y riendas con cascabeles que se dejaba el niño pariente sujetar a los brazos, saltando como un caballito joven, por la hermanita que agitaba el látigo con lógica animación.

Naturalmente, la amistad de aquellas criaturas estaba escrita; era la cosa más natural del mundo, y primero se hubiera podido torcer la corriente impetuosa de los grandes ríos. Unas miradas llenas de alma y picardía, de arriba a bajo y de a bajo a arriba; unas manos pequeñas que se atrevían a decir adiós y unas tiernas mejillas que sonreían, tímidas, y a continuación exclamaciones y preguntas que nacían espontáneamente de aquellas almas dulces y libres que no se habían acostumbrado al fingimiento.

Ante tal rapidez de relaciones, a los pocos días los niños del piso cuarto corrían por el terrado del principal como por su casa, con la misma libertad adorable, pero ¡ay! también a los pocos días más empezaron las disputas irreductibles.

Los pobrecitos de arriba eran orgullosos; ellos no podían saber nada de la humildad de los vencidos.

—¡Mira qué pelota!

—¿Esta pelota? ¡Bien, qué! Nosotros teníamos una de mayor y más bonita. ¿Esto? Nosotros teníamos dos en el jardín.

La niña del principal se impacientaba ante tanta insolencia y obligaba al hermanito paciente y bueno

a sentir la ofensa inferida a su dignidad de niños ricos.

Los otros—a excepción del pequeñín que comúnmente dejaban en casa—no deponían su actitud. Las palabras se hacían vivas y violentas, y acababa todo con un reñidos para siempre que les encendía los ojos de indignación.

Al día siguiente volvían a hacerse amigos. Pero llegaron un día a amenazarse y la señora del piso principal decidió separarlos puesto que no era posible la armonía entre ellos.

Dos días después de la ruptura empezó ya un punto de añoranza.

El niño del principal salió al terrado sigilosamente, obedeciendo una orden de la hermanita, y miró arriba. Los del piso cuarto se asomaban y las pequeñas caras enérgicas en las discusiones se volvían en la separación tristes y lácias.

Al fin salió también al terrado la niña, y para saludarlos levantó el brazo y movió con una prematura distinción de mujer los dedos correctos de su mano de muñeca.

Los amiguitos de arriba no esperaban otra cosa.

—¿No jugais?

—No.

—No podemos bajar más.

—Mamá no quiere que os llamemos.

¡Cómo la sentían en el alma la cruel separación, los unos y los otros! Aquello era un desencanto, era el paraíso perdido.

Pero todavía una pregunta de esperanza bajó de arriba temblando:

—¿Jamás podremos jugar juntos?

—Jamás.

Se prolongó entonces un silencio de desolación.

—Oye — dijo inopinadamente el niño del piso cuarto a su amiguita, la niña delgadita y ágil lindamente autoritaria.—Vosotros en el terrado y nosotros desde aquí abajo, ¿no podríamos jugar a alguna cosa?

—¡...!

—¿No?—volvió a preguntar con una insistencia triste que invitaba a aguzar el ingenio. Calló la nena. Con un esfuerzo de toda su personita esbelta movió las espalditas débiles y la cabeza gentil y dejó luego vagar la mirada penetrante por aquel cielo de tarde, rojizo, que levantaba un incendio sobre las casas de enfrente.

Pronto rompió a gritar, batiendo palmas:

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Sí!...

—¡Dí! ¡Di a qué!...—gritaban a un tiempo las vocécitas alegres de los condenados de arriba.

—Podemos jugar a procesiones.

—¿Cómo?

—Nosotros haremos aquí abajo la procesión y vosotros desde ahí arriba en la galería nos podéis echar flores y confetti.

Y el hermanito obediente, con una escoba de la que colgaba un gran periódico, como si fuera el pendonista, y la niña siguiéndole ahuecando la voz con una seriedad adorable, iban dando vueltas por el terrado.

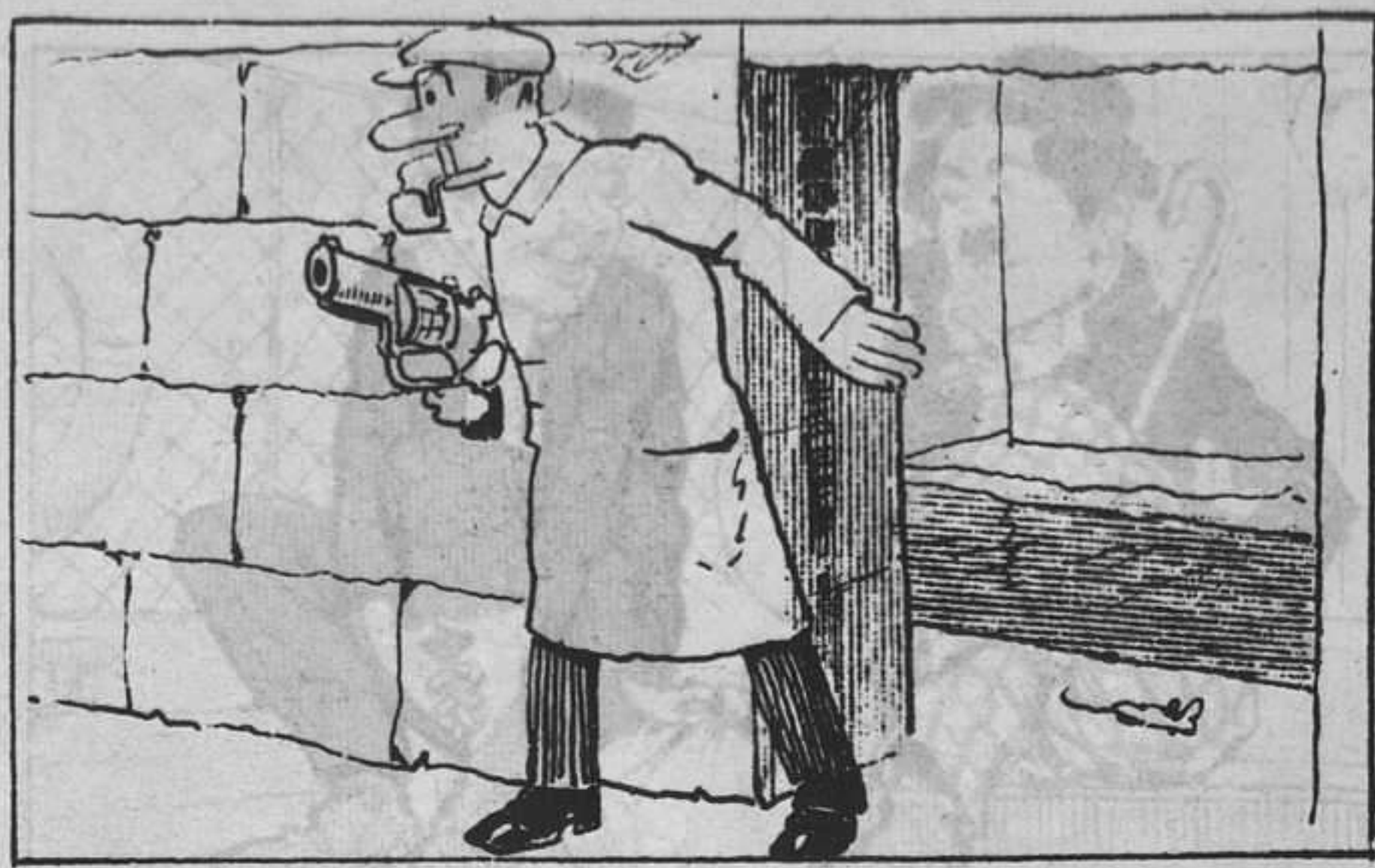
Y los niños del piso cuarto les echaban papeles y flores y risas y besos, excitados aleggramente con el triunfo del ingenio de su linda amiguita.

R.

Hazañas del detective Cocoliche o el diamante de un millón de quilates.



Cocoliche se había metido de nuevo en la negra boca de lobo, guarida inmundada de la terrible banda.



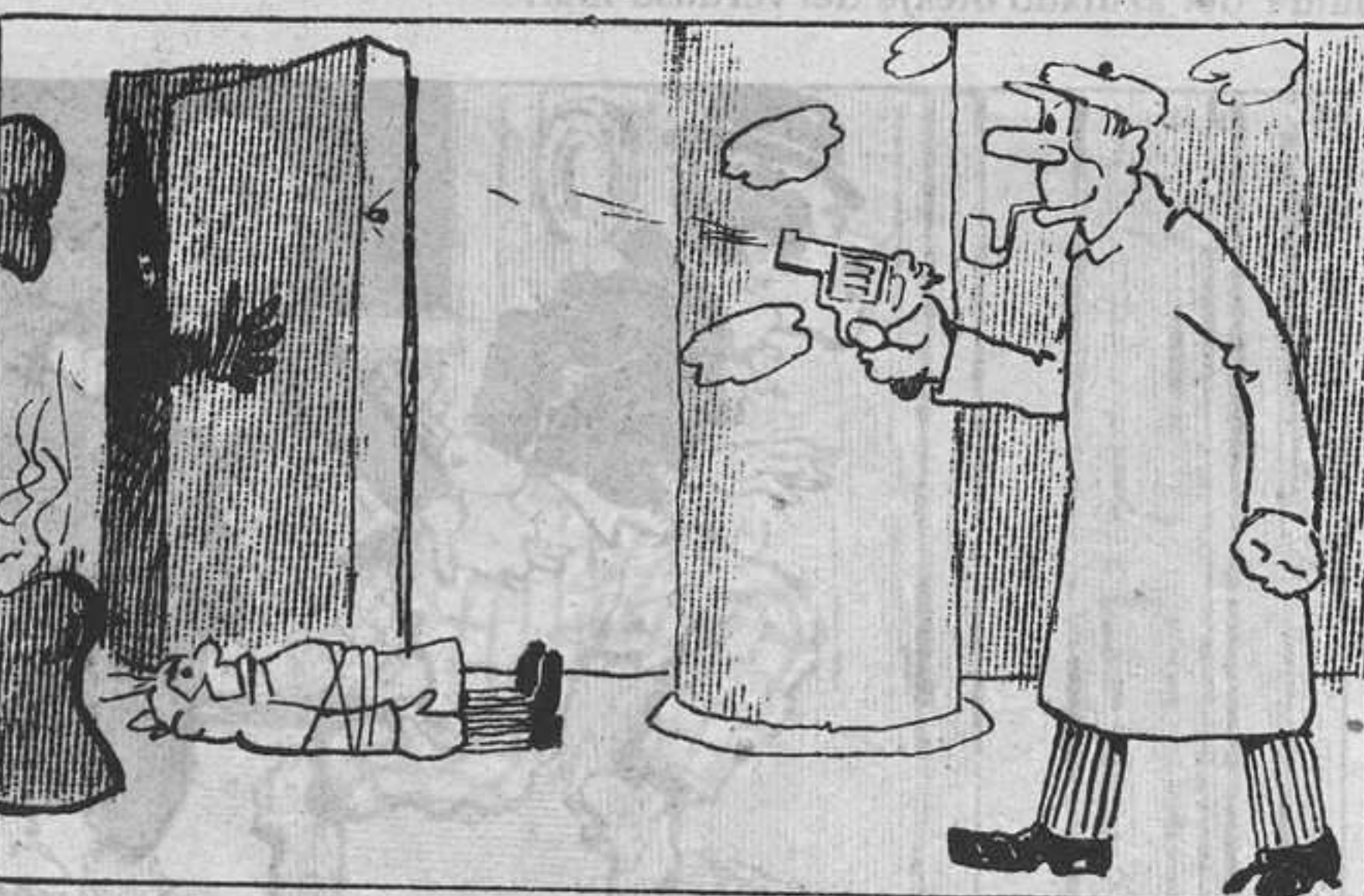
Después de apretar un boton que abrió las paredes, introdujese aún mas en el antro del infierno, con el fin humanitario de salvar a su fiel pero burro secretario.



Ya no queda a Tragavientos otro recurso que implorar la protección divina dudando de la humana.



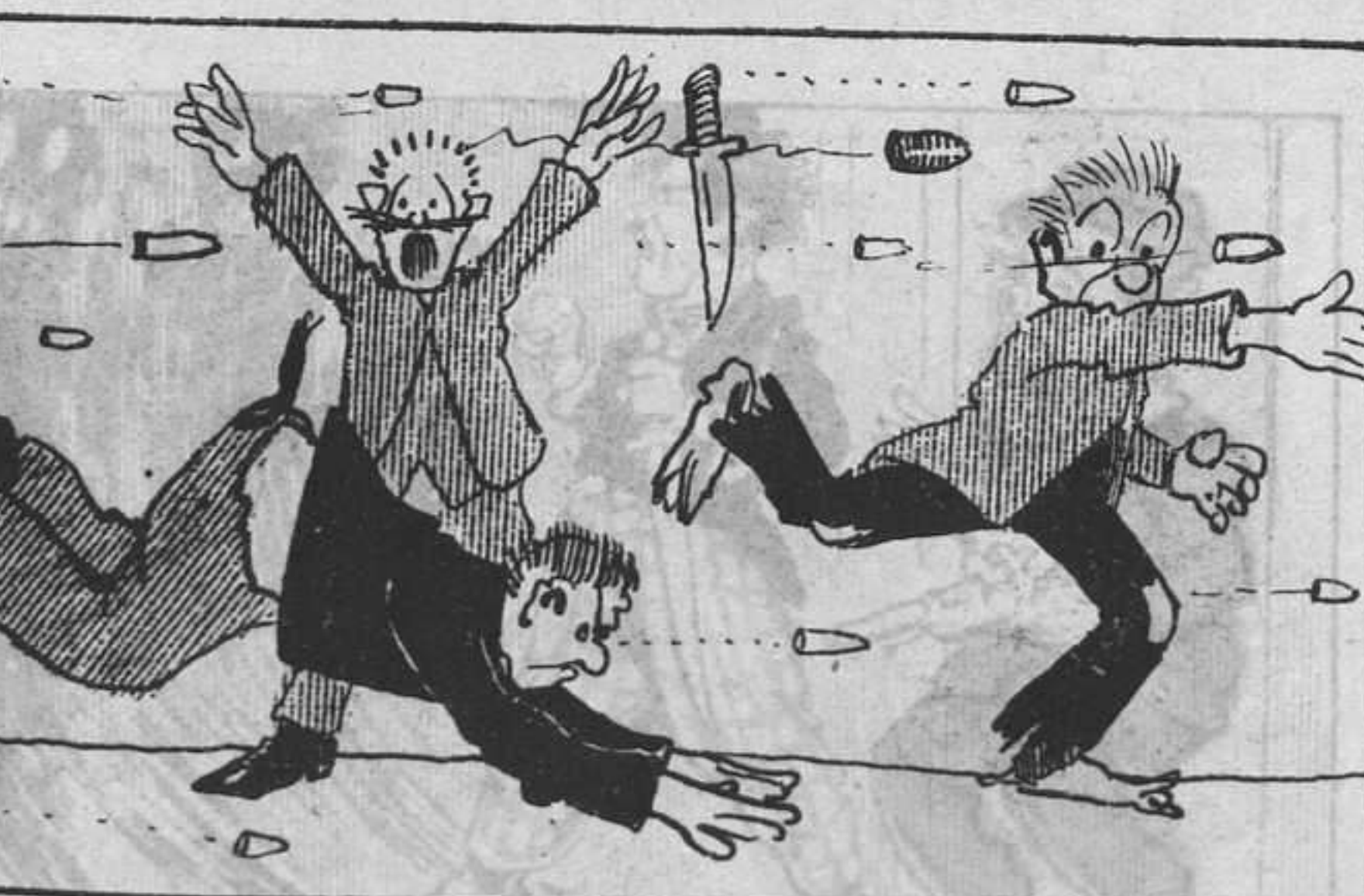
Y levantando los miserables su cuerpo, intentan hacerle desaparecer introduciéndolo en la boca del idolo chino en la que arde el fuego eterno.



Pero Cocoliche hace jugar el gatillo, producen sus copos densos, salen sus confites y también los asesinos...



para librarse de los iracundos juegos de estos señoritos que mandaban sin asar una...



llovía de pildoras de fuego que puso a los miserables bandidos en un pánico atroz y batiendo el record de la hora y media.



Y como «tras la tempestad surge el buen tiempo» Cocoliche entretiene a su compañero de fatigas con unos aires gallegos que entregaron a Tragavientos en brazos de Morfeo.



1—Erase que se era, una vez, que Charlot y su inseparable amigo José emprendieron un viaje de recreo.



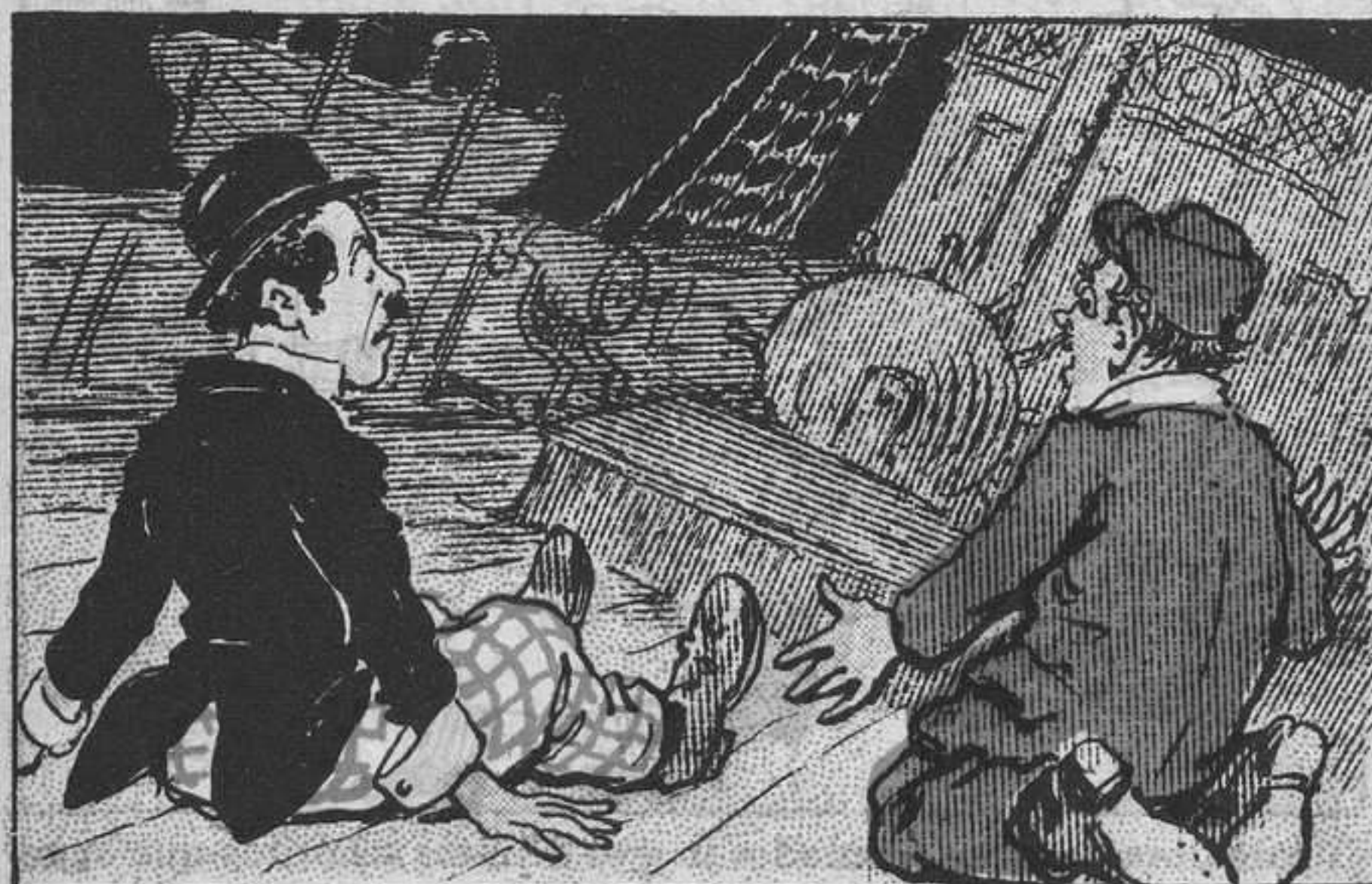
2—Y después de instalarse en un magnífico trasatlántico de primera, aunque la clase del pasaje no era de tal, procuraron acomodarse lo mejor posible para pasar la noche.



3—Pero de pronto, la noche se hizo oscura; el mar embravecido amenazaba sepultar al buque y cuando más horrorosa era la tempestad, apareció otro buque cual fantasma que emerge de las espumosas hondas.



4—Y no se sabe lo que pasó, pero lo cierto es que en medio de aquella noche tan negra, mis dos protagonistas se vieron lanzados por una fuerza irresistible, cayendo atolondrados entre la blanca espuma del azulado oleaje del verdoso mar.



5—La estupefacción fué tan grande, que creyéndose ya entre las garras de un pulpo o descansando sobre los aguanosos lechos de las madreporas, vieron con admiración que se encontraban sobre la cubierta de otro navio.



6—Pero quien guiaba aquel navio? No se veía a nadie y con la soledad y lo obscuro de la noche aumentaba el misterio.



7—Mira, amigo José, que trofeos tan significativos. No hay duda de que estamos en un buque pirata. Pero a José no le llegaba la camisa al cuerpo.



8—Y apoderándose de aquellas armas, se lanzan decididos a vender caras sus vidas, luchando furiosamente contra las tinieblas.



9—¡Pif! ¡Paf! ¡Puf! ¡Dime ser invisible donde te encuentras para que pueda yo pulverizarte entre mis manos!



10—Mas, recorrieron inutilmente el barco sin encontrar a nadie, hasta que la casualidad les condujo a un escotillon que parecia abierto descuidadamente.



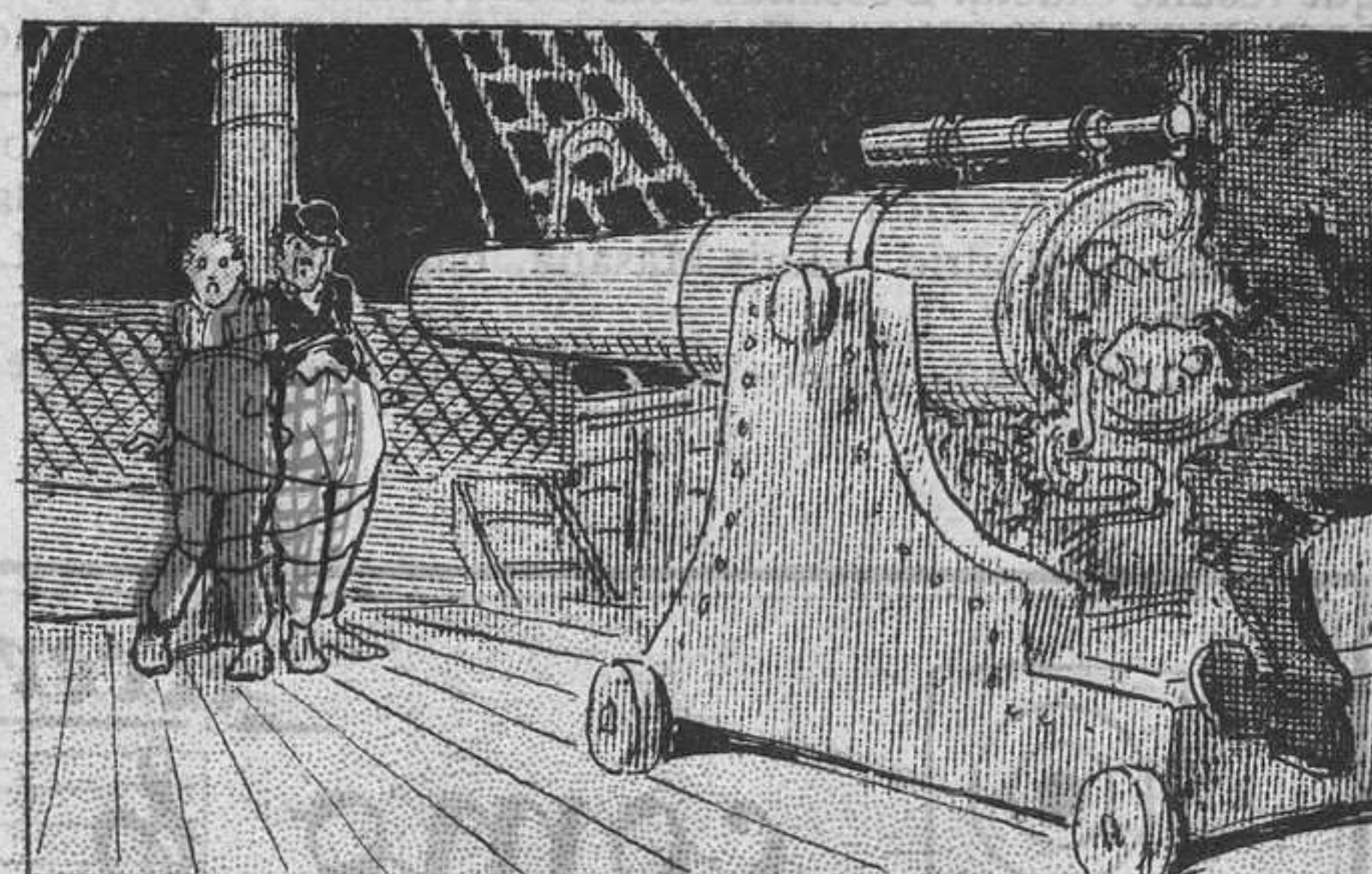
11—¡Eureka! Exclama Charlot al ver aquel tesoro.—Ves José esas riquezas aquí acumuladas y manchadas aun con sangre de inocentes victimas?—Pues todo es oro lo que reluce.



12—¡Oh desgraciados! Aquello era el cebo que los hacía caer en la ratonera! Pues cuando se creían muy dichosos, fueron sorprendidos por el terrible corsario,



13—que despiadadamente y sin andar con más rodeos los atacó con codo, dándoles a entender el triste fin que les espera.



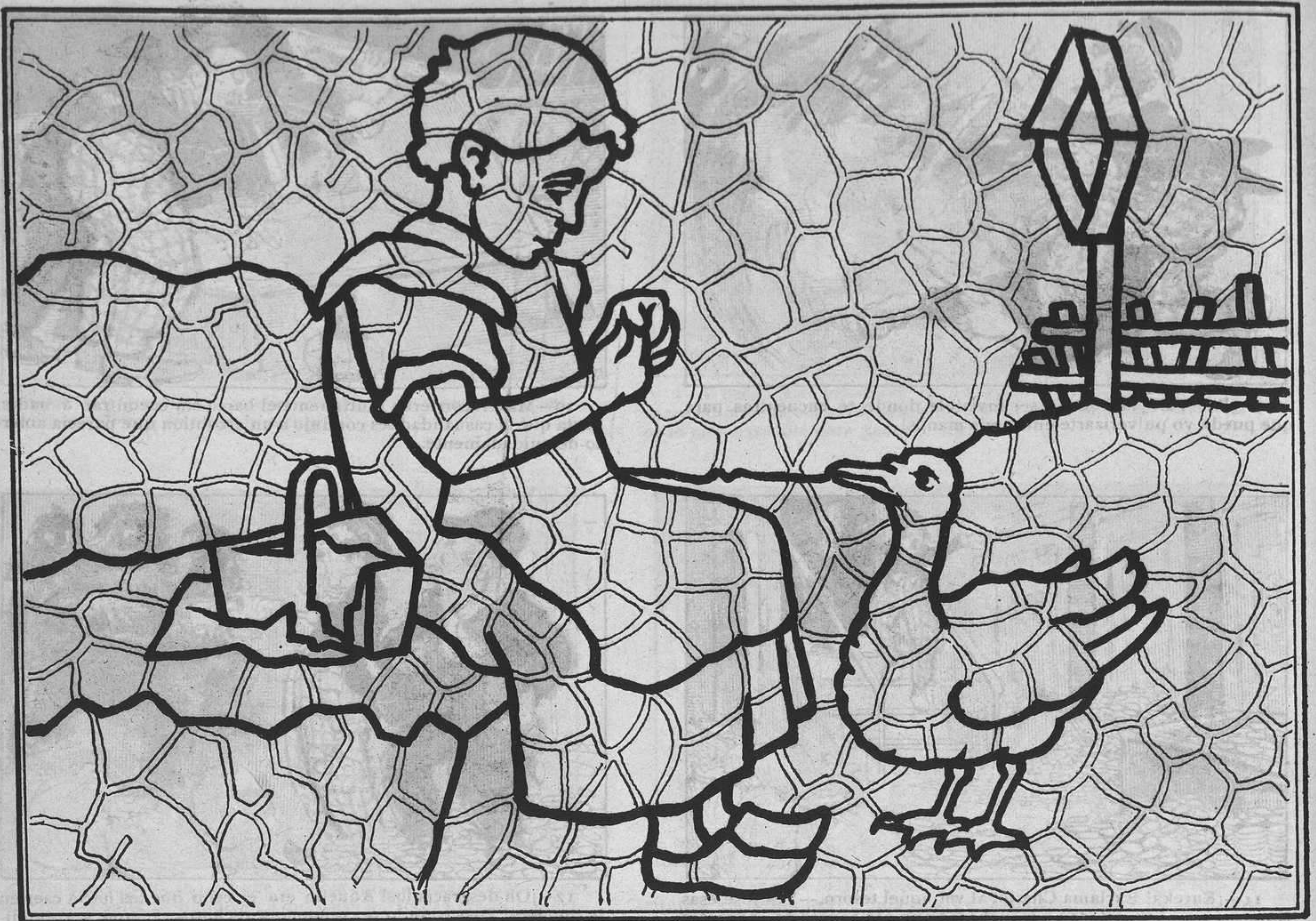
14—Y pronto se vieron reducidos y sujetos a una antena, con un enorme cañón que les apuntaba esperando solamente el amanecer de la mañana para cumplir tan fatal sentencia.



15—Pero en realidad, lo que al amanecer la mañana les apuntaba, era la manga de riego con que efectúan los baldeos en el trasatlántico.



16—Que vino a refrescar la acalorada memoria de nuestro viajero; dándose cuenta entonces de que todo aquello no fué más que una ilusión; ¡Todo fué un sueño!



Solución al concurso "El Laberinto".—Entre las muchas soluciones que se han recibido, no ha habido ninguna que resulte exacta. Deseando esta redacción corresponder al éxito que ha tenido entre los lectores de CHARLOT este concurso, se procederá a un sorteo de los tres premios entre los siguientes concursantes, que han sido los que más se han aproximado.

Julia Guerrero, Salamanca.—Enriqueta Vela, Cádiz.—Antonio Martínez, Alicante.—Luis Hernández, Madrid.—Pablo Viñas, Bayona.—Mario Girardi, Barcelona.—Fernando Boada, Barcelona.—Ernesto Freixa, Barcelona.—Delfin Mateu, Barcelona.—Ramón Gou, Barcelona.—Daniel Hernández, Barcelona.—Luis Rojo, Logroño.—Florentino Andueza, Madrid.—Luis Martín, Madrid.—Luis Masana, Barcelona.—José M.ª Socías, Barcelona.—Manuel Cachon, Madrid.—Arturo Antem, Barcelona.

En el próximo número se publicarán los nombres de los tres que resulten agraciados para que puedan pasar a recoger los premios.

Acertijos

como  leche

como  

habla y no ti N 

anda y no tiene   

Tamaño como un  y guarda la  como un 



C Rojas

COLMOS Y MONADAS



Charlot publicará todas las colaboraciones breves interesantes. Se adjudicará semanalmente dos premios—uno de 10 pesetas y otro de 5 pesetas—a los autores de las colaboraciones que gusten más a la redacción. En los sobres de los originales escribase **Charlot**—Sección *Colmos y Monadas*

Todo autor premiado comprobará su identidad con una copia del primitivo original, escrita y firmada con igual letra que éste.

Rogamos a los colaboradores de esta sección manden toda la correspondencia a la redacción en sobre abierto, que franquearán con sello de un cuarto de céntimo, he incluirán lo siguiente:

«Originales para imprenta»

Colaboraciones del número anterior que han sido premiadas.

Premio de 10 ptas.

Idea feliz por E. Gonzalez,

De 5 ptas.

MAL ENTENDIDO

Paseando cierto montañés por una feria, se detiene frente a una parada de zapatos y dirigiéndose al dueño le dice:

- ¿Cuanto me llevaría por un par de zapatos como estos?
- Cinco pesetas.
- ¿Cinco pesetas dice?
- Si señor.
- Pero si un poco más abajo, unos iguales que esos me los daban por veinte reales!

S. Querol.

EN EL TEATRO

Juanito, niño de cinco años, pregunta a su hermano mayor durante la representación de una zarzuela:

- Estanislao, ¿por qué cantan ahora todos juntos?
- Para terminar más pronto, seguramente.

Pimpollo.

QUEDÓ CONVENCIDO

- Oye, tú; ¿qué quiere decir viceversa?
- Pues mira, es lo mismo que si al acostarte pusieras los pies en la almohada.

J. Bueno.

SUERTUDO

- ¿Sabes—dice un amigo a otro—que ayer un auto mató a Sinfaroso?
- ¡Hay hombres que en todo tienen suerte! La semana pasada se había asegurado la vida.

Basilea.

PUNTO FINAL

- ¿Por qué no pueden pagar el tranvía los que llevan todo el dinero en papel aún que el cobrador lleve cambio?
- Porque en todos ellos hay un letrerito que dice: «Consérvense los billetes».

J. de Arteche

ENTRE NIÑOS

- Sabes que ya anda solo mi hermanito?
- ¿Cuanto tiempo hace?
- Tres meses.
- ¡Pues ya estará lejos!

P. D. y F.

CUALQUIER COSA

Un obrero se dirige a otro que está con el pico en el aire y le pregunta:

- ¿Por qué no bajas el pico?
- Porque tocó la hora de salida cuando lo tenía en el aire y no quiero trabajar un tiempo extra.

Otro tanto

DIÁLOGO

Entre un caballero y un niño de 6 años:

- Caballero.—¿Como te llamas niño?
- Niño.—Fausto Tizón.
- Caballero.—Dime, ¿y en lugar de ser Tizón, por qué no fuiste carbón?
- Niño.—¡Hum!... ¿Y usted como se llama?
- Caballero.—Agustín Jerez.
- Niño.—Dígame, y en lugar de ser Jerez ¿por qué usted no fué Oporto?

Se vive.

El colmo de un jardinero:
Sacar flor de las plantas de los pies.

S. B. H.

VERDAD DE SABIO CALVO

- ¿Que causas puede haber para que no le lleven a un matrimonio, sus hijos al servicio?
- Que sean todas hijas.

M. Diaz.

¡Y ES NATURAL!

- Mira José, lleva esta carta al correo, pero como me parece que pasa del peso, ponle otro sello.
- ¡Vaya! ¡Entonces pesará más!

SOLEDAD EN COMPAÑIA

Un amigo visita a otro que vive en una miserable bohardilla. De vez en cuando se estremece y sufre serias contorsiones.

- ¡Mira—le dice el pobre—que soledad la mia!
- No chica, eso si que no; esta bohardilla está más habitada que el Arca de Noé.

J. Vilellas.

El colmo de músico encarcelado:
Estar soñando con... cuerdas.

Q. K. Racha.

UN ENFERMO

- ¡Ay! Doctor, cada dia pierdo más la memoria.
- El doctor.—Si ya lo veo porque se le ha olvidado por completo el pagarme la visita anterior.

C. Perez.

ANALOGIAS

- ¿Que analogía hay entre una noche serena y un oficial del ejército?
- Que tiene estrellas.
- ¿Y entre una cerradura y la lucha greco romana?
- Que tiene llaves.

Guonococo.



PASATIEMPOS



Soluciones de los juegos del número 9.

Jeroglífico.—Andaluces pintureros.

Tarjeta.—Estados Unidos.

Enigma.—Beceite.

Adivinanzas.—I. Escopeta. II. Ajo.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

| | | |
|----------|---|---|
| LO SOMOS | á | 1 |
| LO SOMOS | | |

TARJETA

Dora Ran

Con estas letras debidamente combinadas, formar el nombre de una república de Europa.

FUGA DE VOCALES

. l. c.s. bl.nc. v.

. l.v.r l.n. l. P.c.

. l. c.s. bl.nc. v.

. s.c.r p.r. l. c.p.

Las soluciones en el próximo número.

CURIOSIDADES

La araña y el gusano de seda

(Fábula)

Burlábase una araña de un gusano de seda, diciéndole.

—¡Qué calma te ha dado Dios! Para nada que haces, tardas una eternidad. En cambio, yo, mira y aprende el tiempo que tardó en cubrir un muro con mis finísimos hilos.

—Es cierto,—dijo el gusano,—tú trabajas deprisa y produces mucho, pero ¿es útil tu labor? ¿de qué sirve? ¡De nada! Si mi trabajo es premioso, en cambio, es útil y agrada a todos; es poco, pero hecho a conciencia.

Las pirámides de Egipto

La mayor parte de las pirámides se han derrumbado; las tres que se citan como más notables, las que, sin duda, han valido a las pirámides el honor de ser puestas en el número de las siete maravillas, permanecen aún en pie; están situadas no lejos de la antigua Menfis, a tres leguas del Cairo. Se hace remontar su erección a los siglos XIII y XIV antes de nuestra era. La principal, construída por Cheops, tiene 237 metros de ancho en su base y 145 de altura; cuenta 208 hiladas de piedras, teniendo cada una 67 centímetros de altura media; fué construída,

según Diodoro de Sicilia, en 20 años, por cien mil obreros. Las otras dos son menos extraordinarias; la una, construída por Chepem, tiene 212 metros de base y 129 de altura, y la menor, atribuída a Micerino, 91 metros de base aparente y 53 de elevación. Las cuatro caras de estas pirámides reponen aproximadamente a los cuatro puntos cardinales.

¿Se acordará usted?

El señor no estaba en casa, y el negrito que le servía, abrió la puerta a un forastero muy pomposo.

—¿Está en casa su amo de usted? — preguntó el forastero.

—Ha salido,— contestó el negrito.

—¡Cuanto lo siento!— exclamó el forastero.—No traigo tarjetas.

—¿Qué importa eso? No se apure: diga su nombre; el negrito tiene buena memoria y no le olvidará.

—Pues bien: diga usted a su amo que ha estado aquí a visitarle Don Juan José María Diez de Venegas, Caballero Veinticuatro de la ciudad de Jerez.

¿Se acordará usted?

—¿Y como no?— dijo el negrito.

En efecto; cuando volvió su amo el negrito le dijo:

—Zeño, aquí han estado a visitar a su merced D. Juan, D. José, doña María, diecinueve negas, veinticuatro caballeros y la ciudad de Jerez.

Los ojos de los gatos

Los chinos que son observadores pacienzudos han comprobado que se puede averiguar la hora que es, mirando los ojos de los gatos.

Parece que las niñas de los ojos de este animal se reducen al llegar el mediodía, momento en que alcanzan su tamaño mínimo para aumentar después.

Se asegura que muchos campesinos chinos no tienen más relojes que el cielo y... los ojos de los gatos.

El reloj de sol más grande

En un parque próximo a San Francisco de California, está el mayor reloj de sol del mundo, cuyo horario, hecho sobre el suelo con césped y mármol, mide diez metros y medio de diámetro, mientras el estilo, que es de mármol blanco, se levanta a una altura de ocho metros y medio. Antes de construirse este enorme cuadrante solar, el más grande de todos era uno que hay en Leipzig, y cuyo horario tiene unos siete metros de diámetro.

Los ojos de la jirafa

La naturaleza ha dotado a la jirafa, dada la altura a que están sus ojos del suelo, de una particularidad notable. En efecto, una jirafa puede ver en todas direcciones al mismo tiempo, sin necesidad de mover la cabeza. Los ojos son grandes y colocados de modo que vienen a quedar a los lados de la cabeza; esta es la razón porque puede ver lo mismo para atrás que para adelante.



Deportes

Boxeo en la Monumental



Por fin después de tantas suspensiones y autorizaciones, tuvo lugar el tan esperado y sensacional *match* entre el coloso Jach Johnson y el no menos corpulento Artur Cravan, los cuales aparecieron en el *rig* para disputarse la suma de 50.000 pesetas, (bonito precio de unos cuantos puñetazos). A las tres y media, hora de empezat, hay en la plaza diez mil personas y van aumentando a medida que se celebra la fiesta. Asisten como pelicularos la «Hispano Films» y otras que siento no recordar. Por fin empieza el espectáculo por el siguiente orden:

Enrique contra Montero, después de grandes fatigas venció el primero. Mora contra Solsona tan deficientes como los anteriores. Dalmases contra Barcino, id. id.

Y después de una explicación del *Refire* mientras hablaba la policía con Jonson, se presentan en el *rig* los dos colosos con guantes de cinco onzas. Primer rund. Se desarrolla una gran lucha de defensa. Segundo rund. Empieza con el ataque de Cravan contra el negro, el cual al terminar está tan fresco que no necesita ventiladores, al contrario del otro que se le empieza a notar decaimiento. Tercer rund. El público que ya adivina el final de la contienda, lo toma a guasa y hay riseos. Johnson domina por completo a su enemigo y no se vé boxeo por ninguna parte. Cuarto rund. Cravan comprende la superioridad del negro y está corrido. Por su parte Johnson demuestra su resistencia de hierro aguantando un minuto, rígido con los brazos colgando, el ataque de puñetazos que le propina Cravan, como si no sintiera nada hasta que Johnson le devuelve un puñetazo que lo deja *nocohuts*. Cuando vuelve en sí, le dá la mano como diciéndole: «Eres el único».

Y otra vez campeón el negro y 50.000 pesetas.

ARMANDO BRONCA

CHARLOT semanario festivo

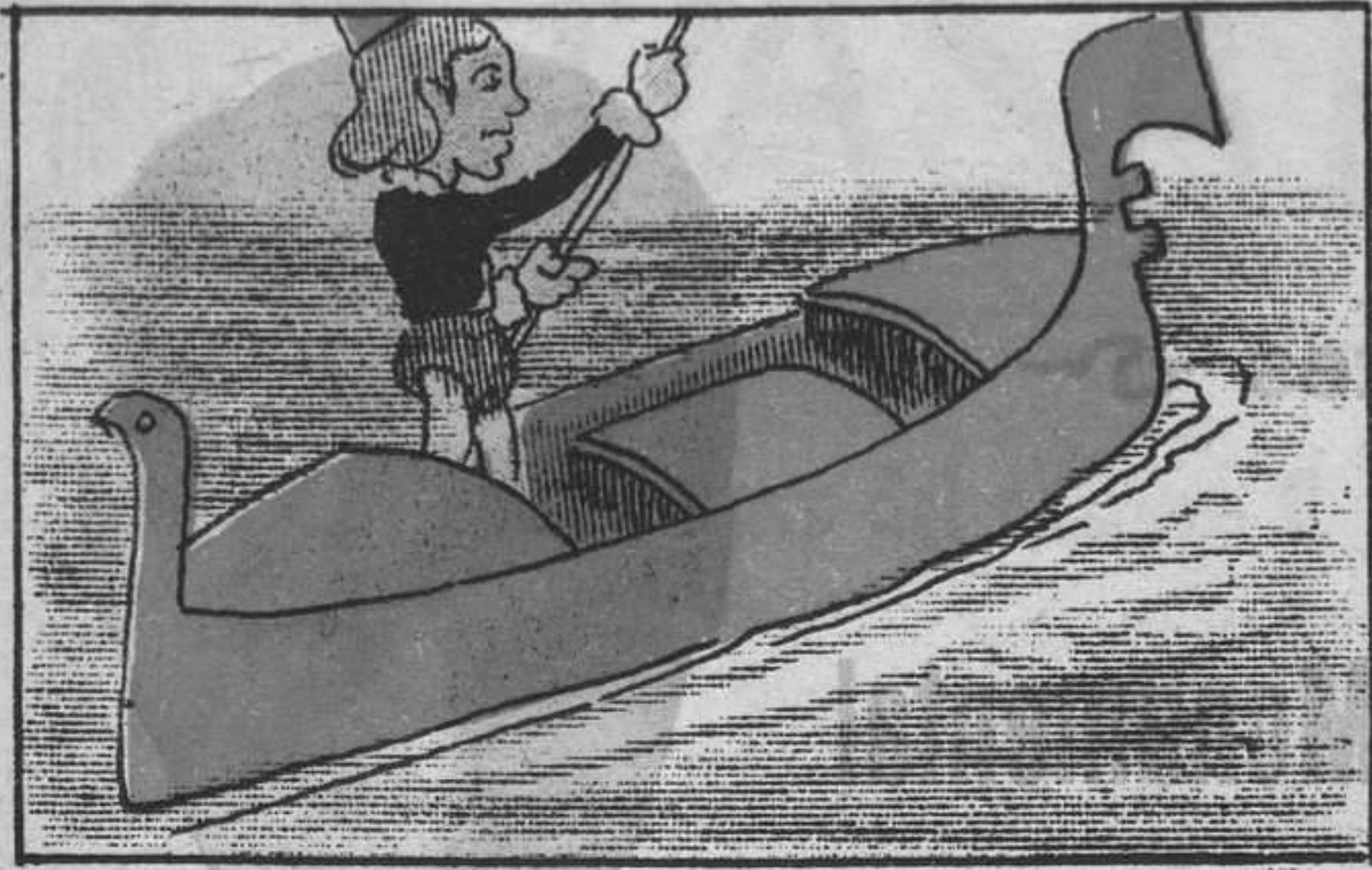
Redacción - Cabras, 8 ~ Administración - Urgel, 32 - 1.

CORRESPONDENCIA

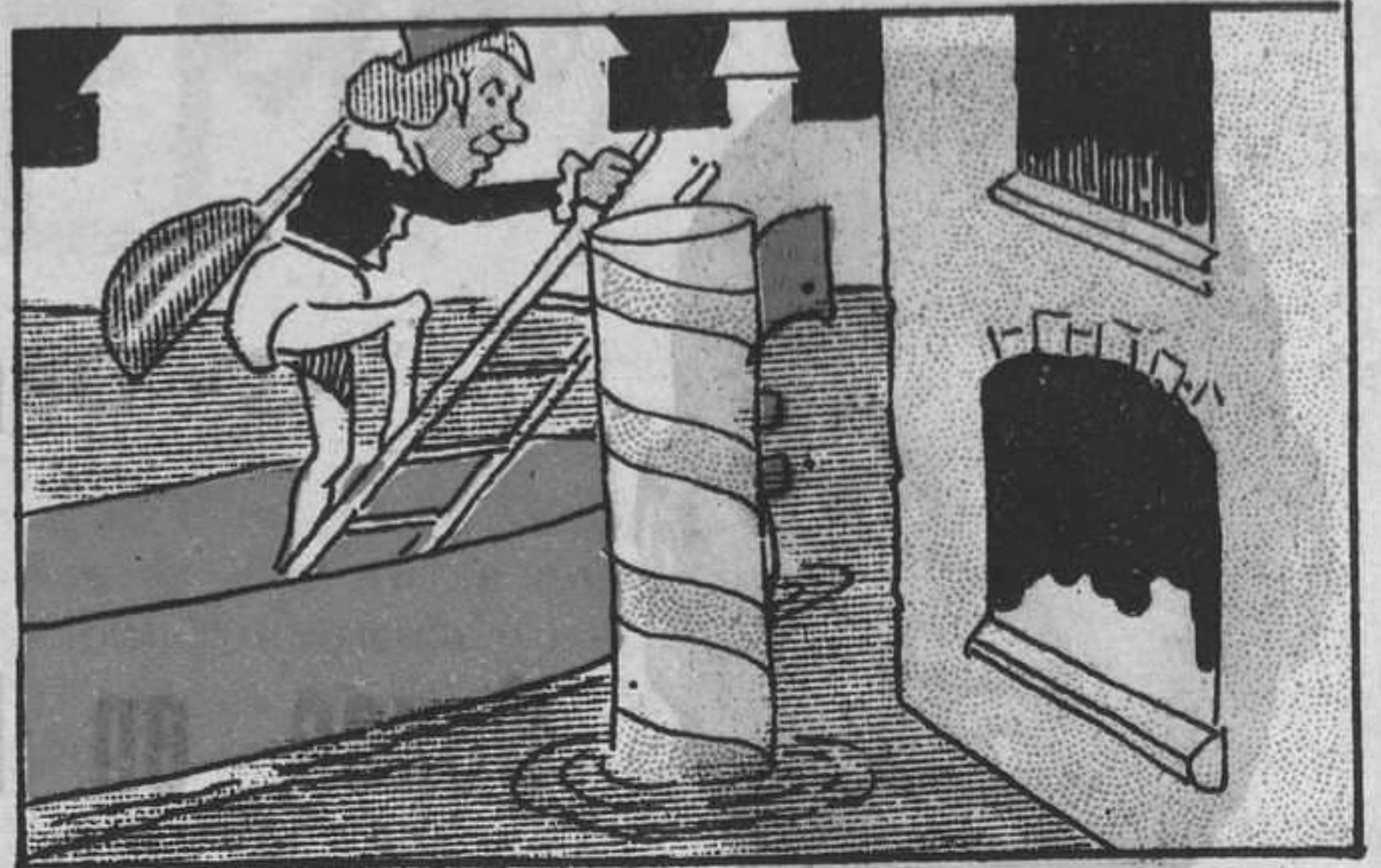
- J. Arteche. —Muy bien, sus chistes tienen sal.
 Bessiez, Granada.—Si no estuviera Ud. tan lejos, le tributariamos un elogio oral como lo merece.
 S. F. B.—Nada de política, por cuyo motivo no publicamos su chiste.
 J. Minguez, Figueras.—Es sublime su composición. ¿Seguirá honrándonos con sus poesías?
 L. Diaz, Madrid.—Esta es la única contestación que podemos darle y lo único que podemos decirle, pues de su carta no compaginamos nada.
 J. Bueno.—No publicamos su chiste titulado «Andaluzada» por incomprensibilidad. Confeccione bien los caracteres e insertaremos con mucho gusto sus sombreros chistes.
 Salustiano, Piorete.—El que mucho abarca poco aprieta.
 De Riz, San Sebastián.—Le escribiré.
 M. Barco.—Hablaemos.
 Pinzas.—Absténgase de mandar sus composiciones y dibujos por unas semanas, pues hay excesivo original.
 Pichichi.—Piense otro chiste más a propósito y lo publicaremos enseguida.
 Detzi.—Pase por aquí cuando guste.
 Casellas, Alicante.—¿Es Ud. estudiante? Pues aplíquese en la gramática que sombra no le falta.
 Girondina.—¿Quiere Ud. hacernos llorar? No nos ponga tristes y explíquenos cosas bellas.
 Mariette.—Bueno, como Ud. quiera.
 Brunet J., Madrid.—De Ud. muy agradecidos, venga cuando guste.
 M. Carrera, San Sebastián.—No está mal su Laberinto. ¡Pero hay tantos!

W.

El trovador veneciano



Por uno de los tranquilos canales de Venecia, se mece blandamente una ligera góndola.



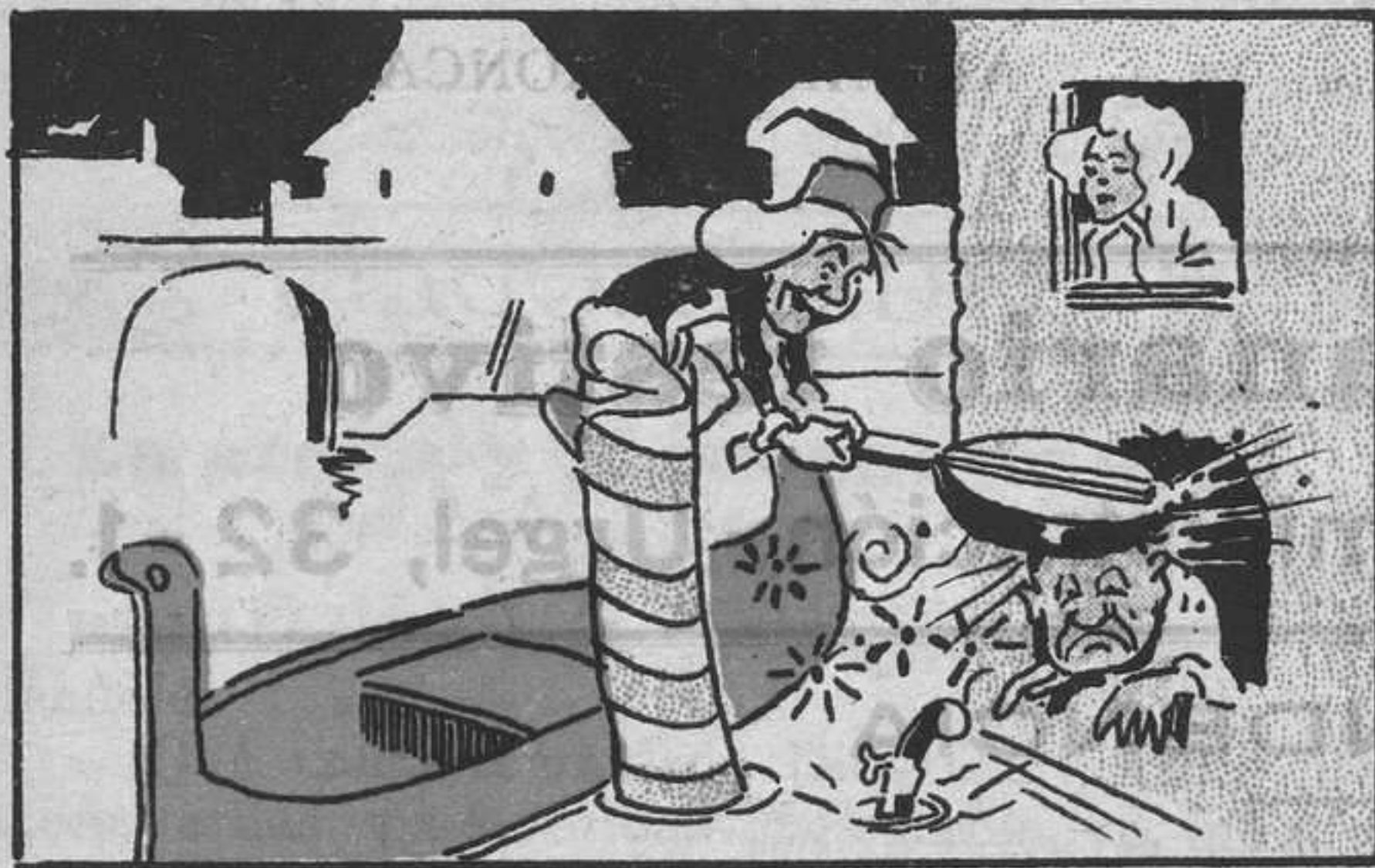
Un gentil trovador enamorado, escala un poste para cantar a su adorada.



Y con voz brillante y bien timbrada entona unas endechas.



Pero el vecino que no está para serenatas, se asoma amenazador con un retaco.



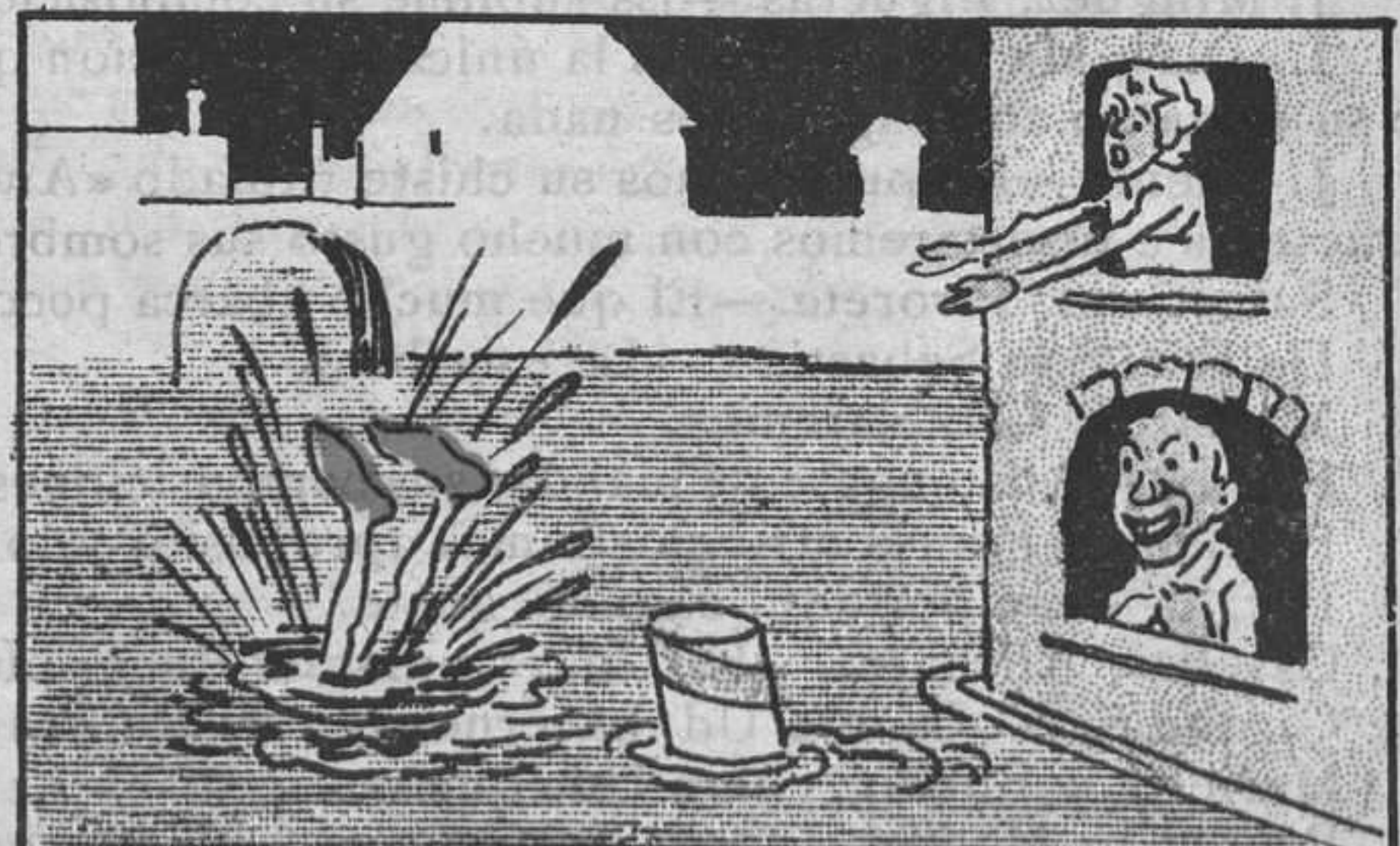
Mas el trovador es listo y le rompe el laud en la cabeza.



El otro quiere vengarse y echando mano de un serrucho



En un santiamen corta el poste



Cayendo el galan en las cenagosas aguas, donde permanecerá por los siglos de los siglos... Amen.